

EL MERIDIANO

Victoria Lafora

Compasión

El homenaje a las víctimas del coronavirus, en el Palacio Real de Madrid, se convirtió en un insólito acto de unidad política, ya que ningún presidente autonómico declinó su asistencia. Por primera vez, y ojalá sirva de precedente, la clase política española dio una hermosa imagen de unidad frente a las más altas autoridades europeas. En silencio, sin protagonismos innecesarios, tomaron la palabra los que de verdad tenían algo que decir. Fue el hermano del periodista José María Calleja, fallecido por el virus en abril, el que mencionó la «compasión» como descripción del sentimiento de solidaridad entre la ciudadanía y la apelación a la imprescindible unidad para superar esta gravísima crisis. Su relato sobre los sentimientos de duelo y soledad que comparten los familiares de los fallecidos debió de tocar el corazón de los presentes.

También el Rey apeló al espíritu de resistencia, destacando la «lección de inmenso valor que ha dado la sociedad española». El presidente catalán, Torra, no solo ocupó su asiento en la ceremonia, sino que agradeció al Gobierno la organización de «tan sobrio homenaje». Habría resultado pintoresco que aprovechara el momento para hablar de independencia, mientras la enfermera supervisora de urgencias del hospital Valle de Hebrón de Barcelona recordaba que el virus sigue matando, que no hay que bajar la guardia. Es difícil aportar consuelo a las familias de los casi treinta mi fallecidos por la pandemia, pero este homenaje era imprescindible y necesitaba del respeto de la pluralidad religiosa.

Urkullu y Núñez Feijóo no han dudado en acudir a Madrid con sus cargos asegurados por los resultados electorales del pasado domingo, porque el maldito virus no discrimina por nacionalidades o lenguas y el acto homenajeaba a todas las víctimas, sin color político ni origen territorial. Parece una perogrullada tener que decir esto a estas alturas, pero la imagen de unidad resultaba tan insólita como difícil va a ser sacar adelante unos nuevos presupuestos que ayuden a paliar la terrible crisis económica que tenemos encima.

Puestos a aportar un gramo de optimismo, sería deseable que la imagen de la Armería, en cualquier otro escenario, no sea la última, y que no haya necesidad de hacer un segundo homenaje porque los muertos vuelvan a multiplicarse.

EL REFLEJO | José Badal Nicolás

Del ladrillo y el turismo al laboratorio

La estructura económica española tiene que transformarse, reduciendo el peso de los servicios y la construcción e invirtiendo en la industria y en el desarrollo de la ciencia y la tecnología

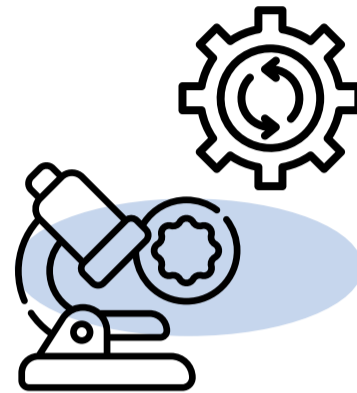
El preocupante panorama socioeconómico provocado en nuestro país por el dichoso coronavirus muestra con claridad las graves y persistentes deficiencias de nuestro modelo productivo. El elevado número de trabajadores afectados, unos expulsados de su puesto de trabajo, otros inmersos en un incierto ERTE, hace que, una vez más, nos preguntemos por las causas de tal desaguado en comparación con lo sucedido en otros países europeos. ¿Por qué el destrozo ha sido mayor en España? ¿Por qué ha alcanzado a tanto universitario supuestamente preparado? Aun a riesgo de simplificar en exceso, me atrevo a señalar algunas causas: nuestra tendencia al mínimo esfuerzo, escasa ambición, falta de coraje y arraigado conformismo. Creo que los políticos y el empresariado español, en tanto que actores principales en este drama, y los jóvenes universitarios bien pueden reflexionar sobre esto.

En principio, no carecemos de materia prima, pues contamos con cifras aceptables de gente teóricamente instruida. La tasa neta de escolarización en educación universitaria, que mide el porcentaje de población entre 18 y 24 años que está matriculada en estudios de grado o máster, fue del 32,1% en el curso 2017-2018. En este curso se matricularon en las universidades españolas un total de 1.575.579 estudiantes de grado, 1º y 2º ciclo, máster y doctorado, cifra que dis-

minuye a 1.496.193 estudiantes si desgajamos los estudiantes de doctorado. Felizmente, chicos y chicas están plenamente incorporados a los diversos programas formativos. Y la presencia de la mujer en el alumnado universitario ha pasado del 20% en 1962 al 55% en los últimos años. De los estudiantes matriculados en el curso 2017-2018, un 54,8% son mujeres, siendo el porcentaje del 55,1% en grado y del 49,8% en máster.

Sin embargo, España desperdicia este capital humano en la medida que es el mercado europeo con más graduados universitarios que trabajan por debajo de su nivel de cualificación. ¿Ah, pero qué cualificación? Mucho joven se ha acomodado a un determinado proyecto curricular en detrimento de otras carreras científico-técnicas (Física, Matemáticas, ingenierías, etc.), que exigen un notable esfuerzo mental, pero que tienen una mayor demanda de las empresas y contribuyen decisivamente al desarrollo y a la pujanza de un país aupándolo a posiciones más competitivas y de influencia. Reconozcamos que un eficiente algoritmo, un minúsculo circuito integrado, un nuevo material, un formidable medicamento, una providencial vacuna, una maravillosa prótesis, un innovador proceso de fabricación, etc., tienen un alto valor añadido.

Tenemos que rebelarnos contra el papel que las nefastas políticas educativas nos han repartido y



que otros políticos taimados de países de nuestro entorno nos han asignado. No debemos conformarnos con ser un país de servicios, un país de camareros, como habitualmente se dice. Alentar el interés de la peña universitaria por las ciencias y la tecnología e insuflarles el coraje necesario para desarrollar proyectos propios es tarea de todos, cierto, pero especialmente de decididos empresarios y de políticos responsables alejados de ensoñaciones ideológicas y plenamente comprometidos con el diseño de acertadas políticas. Tenemos que migrar del ladrillo y el turismo al laboratorio, a la industria de la ciencia.

«Hemos de acometer con coraje un plan urgente de reconstrucción de la industria nacional»

Hemos de quebrar la peligrosa tendencia a la baja del endeble tejido industrial patrio y acometer con coraje un plan urgente de reconstrucción de la industria nacional, apoyando la innovación empresarial con leyes, fiscalidad y ayudas prioritarias, negando el pan a innecesarios chiringuitos, prescindibles observatorios, inanes asesores y rebajando sustancialmente la factura de tanto político inútil. Debemos facilitar el crecimiento y la concentración de empresas industriales, desarrolladoras de nuevas tecnologías, con hambre de patentes y mercados, y dejar atrás tanto tinglado de poca entidad nacional e internacional.

Los empresarios, que los hay de verdad, deben comprender que la universidad está para dar buena formación a los jóvenes; pero que son ellos los que, mediante fórmulas de desgravación fiscal, deben becar a los prometedores investigadores procurándoles estancias de especialización en acreditados centros extranjeros y crear sus propios departamentos y laboratorios de investigación. Aquí todos tenemos que arrimar el hombro y no descargar responsabilidades en espaldas ajenas. Pero eso sí: la I+D+i se paga, y se tiene que pagar bien, y el mejor de los incentivos es un salario que no sea un insulto, sino acorde con la categoría profesional requerida.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

DÍA A DÍA | José Luis Mateos

La triple alianza del virus

La transmisión del maldito virus se ve favorecida cuando cuenta con el apoyo inconsciente de la irresponsabilidad de muchos seres humanos

Todos los males que nos acongojan hoy tienen un protagonista: el coronavirus. Pero no está solo. En su mortífero periplo ha encontrado valiosos aliados de entre la propia especie humana a la que ataca. Vamos a dedicarnos solamente a tres, pero hay muchos más. La estupidez humana es infinita.

Hablemos de los eventos, como se dice ahora pomposamente, nido de la transmisión comunitaria. Como eventos son ahora cualquier acto con aglomeración de

personas, ya sea por razones institucionales, políticas, laborales..., pero también familiares o de amistad, las posibilidades de los rebotes son exponenciales. Pero hay gente que no escarmenta ni en sus propias cabezas. Pues algún familiar o conocido es fácil que haya pasado a mejor vida. La soberbia es indestructible. «A mí no me puede pasar nada». «Eso es cosa de los debiluchos». Y como las fiestas, botellones y esas aglomeraciones que tanto gustan a los carpetovetónicos parecen ser una

necesidad vital, pues... También cuesta un triunfo posponer, al parecer, bodas, banquetes, comuniones y demás celebraciones. Se protegen los eventos para no irritar al personal, intentando preservar los lazos parentales y sociales.

Otro aliado, de auténtico pensamiento mágico, que se pierde en la noche de los tiempos es precisamente... la noche. No comprendemos por qué el subconsciente humano cree que, como la oscuridad es la aliada del despender, lo es también para todo lo que supone.

Se trata de olvidar que vivimos una terrible pandemia. Entonces, las juergas nocturnas son válvulas de escape. Y eso no se quiere cortar del todo, pues no solo hay votos de por medio, sino también el miedo al germen de un intenso malestar popular, que puede llevar quién sabe a dónde. Sin contar con los locales de ocio que, aliados también con ciertos consumidores, resultan entre todos auténticas fuerzas vivas. La noche otorga una falsa sensación de inmunidad. Pareciera que el virus necesitase imprecisamente luz solar! para poder infectar. Se trataría de proteger la alegría juvenil (y no tan juvenil). Hasta ahora, los jóvenes siempre han sido los más rebeldes.

Un tercer factor es la recuperación económica. Aquí, en lugar de combatir de verdad al virus, decimos que hay que aprender a convivir con él. Pero si no se corta la transmisión, no hay confianza. Y si no hay confianza no se recuperará la economía.